CABEZA DE FIERRO

POR CONSTANCIO C. VIGIL



EDITORIAL ATLANTIDA S.A.

CABEZA DE FIERRO

POR



CONSTANCIO C. VIGIL

5ª Edición, de 50.000 ejemplares

EDITORIAL ATLANTIDA
BUENOS AIRES

Ilustraciones de Federico Ribas.

Esta quinta edición de
Cabeza de Fierro
se imprimió en los Talleres
de la Editorial Atlántida, en
el mes de septiembre de 1953.

CABEZA DE FIERRO

DESDE pequeño, Cabeza de Fierro llamaba la atención por sus larguísimas orejas, que asustaban a los otros burritos; desde pequeño, Cabeza de Fierro era como esas personas que van contra el sentido común y contra la razón, y por ello padecen innumerables sinsabores y grandísimos quebrantos.

Si la madre le decía que la siguiera, no le hacía caso; siempre se quedaba atrás. Algunas veces, cansada del caprichoso borriquillo, seguía ella andando, y él la perdía de vista, se quedaba solo, y así pasaba la noche en medio del campo, con un miedo terrible de que viniese un león a devorarlo.





Cual si tuviera realmente la cabeza de hierro, daba con ella contra los troncos de los árboles y contra las piedras. Por milagro no se le rajaba como una sandía. Bastaba que los otros burritos le dijeran ante un peñasco: — "A éste, tú no lo rompes", para que él tomara distancia y lo embistiese a la carrera, con la cabeza baja, igual que un toro. Al dar contra la piedra sonaba el cráneo lo mismo que un tambor.

CUANDO fué grande, quería que su rebuzno fuese siempre el último y el más fuerte. Al principio, algunos burros viejos, picados por tal falta de respeto, se tomaban con él de contrapunto; pero al cabo, todos se dieron por vencidos. Cabeza de Fierro era capaz de rebuznar día y noche hasta dejar a todos sin aliento.

En cuanto oía decir que los burros no debían rascarse en cierto palo porque tenía clavos o astillas y se lastimarían, exclamaba:

—No ha de poder eso más que yo.

Y llegándose al palo peligroso se restregaba con todas sus fuerzas, hasta que la sangre le brotaba por los desgarrones de la piel, mientras los demás burros, horrorizados, cerraban los ojos para no verlo.

Si alguien lo montaba o le ponían carga encima, corcoveaba hasta arrojar al suelo el jinete o la carga.

Cuando el amo lo ataba al carro pensaba: "¿Y si se me antoja no tirar?" Y no tiraba, y no había poder humano que lo moviera de su sitio.





UNA vez, frente a la escalera de piedra de una casa en ruinas, oyó decir a un burro que era muy peligroso subir por ella. En seguida subió, ante el asombro de toda la burrada, y cuando estuvo en el último escalón se volvió y rebuznó:

—¿Ven ustedes que cuando yo digo que lo haré, lo hago, y no es cosa de reírse?

Desde abajo le contestaron:

—¿Te quedarás ahí toda la vida?

—Bajo ahora mis... — sólo alcanzó a decir, pues al decirlo rodaba ya escalera abajo, y del porrazo anduvo muchos días descalabrado y con las narices infladas como globos.

A tapias y paredes les tenía gran ojeriza, al no poder derribarlas como él quería con sus tremendas coces. En todas ellas quedaban estampadas sus herraduras como señales de su tozudez, y de todas se alejaba arrastrando las patas dolcridas.

PARA herrarlo le tapaban la cabeza y lo ataban de tal manera que ni la cola podía mover. El herrador, para ver si le quitaba aquellas ínfulas y aquellas rebeldías que lo forzaban a tantas precauciones, le hacía cosquillas, lo pellizcaba con las tenazas, le tiraba de la cola, le metía una paja por las narices y por las orejas; pero Cabeza de Fierro, aun a oscuras

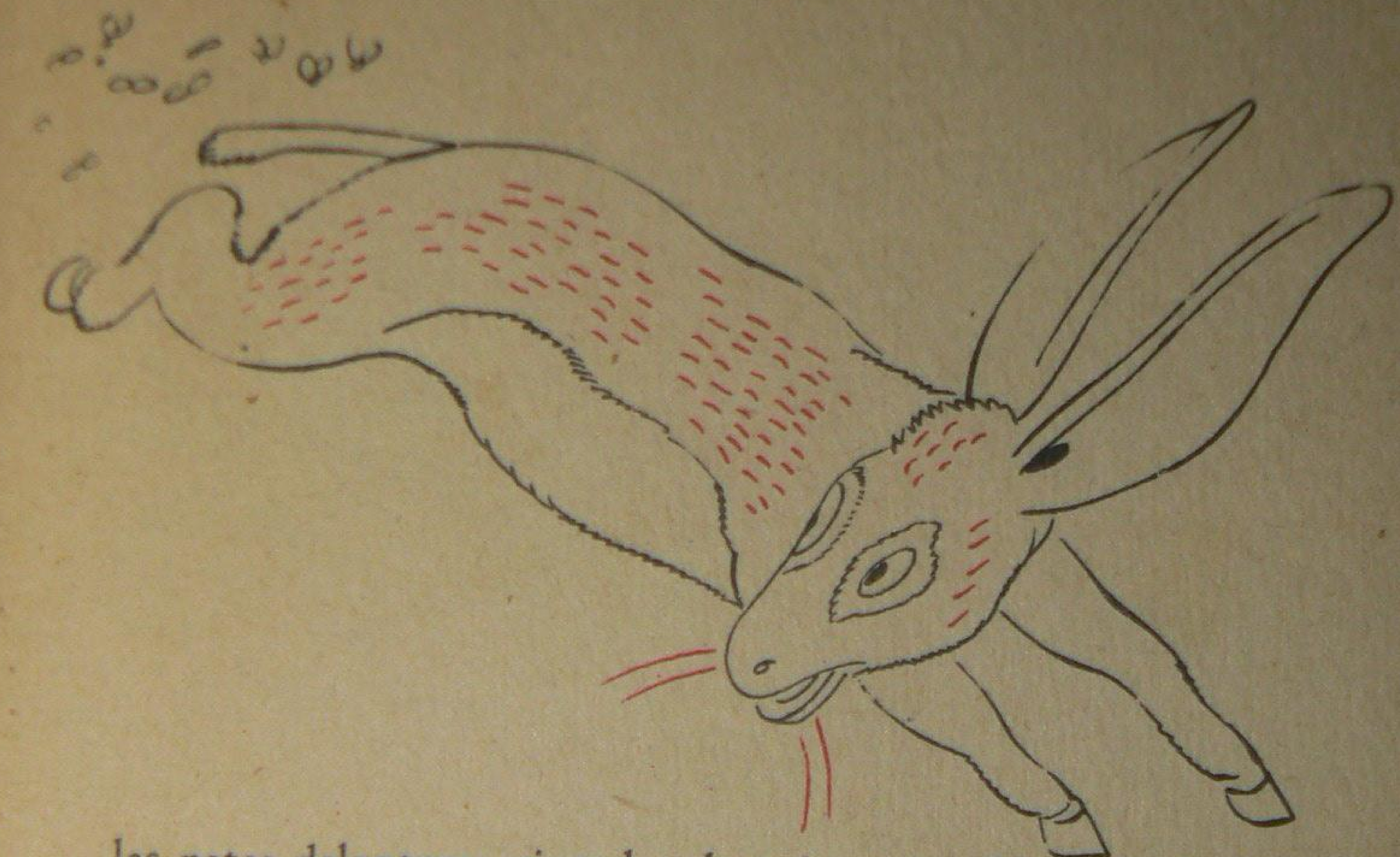


y quieto como un garrote, rezongaba amenazas, decidido a cobrarse de tales picardías en la primera oportunidad.

Si la burrada entera no comía cierta hierba, por ser dañina, Cabeza de Fierro la comía y se pasaba la noche con dolores de barriga, entre quejidos y coces.

Inútilmente le recomendaban los compañeros que no se acercara a un pozo que allí había. En cuanto se lo decían se paseaba por el borde, y caía en el pozo. Y el amo lo dejaba allá abajo y sin comer el día entero. Lo sacaba después con suma dificultad, y una vez que estaba afuera le atizaba una paliza, para ver si escarmentaba. En vano le repetían los compañeros que no se acercara al pozo, pues, por llevarles la contra, volvía a caer en él.

Adonde no iba ningún burro, porque había nubes de tábancs, allá iba Cabeza de Fierro con la firme intención de no dejar uno vivo. Volvía deslomado de dar coces al aire, con



las patas delanteras pintadas de rojo, tanto le corría la sangre con los lancetazos de los tábanos.

Si veía una avispa la golpeaba con la cola. A poco la noticia cundía en el avispero y salían a millares las avispas furiosas para vengar aquella agresión injustificada. En seguida clavaban el aguijón en las orejas y en las narices de Cabeza de Fierro. Brincaba el impertinente a cada pinchadura y al fin corría campo afuera, con el rabo en alto, enloquecido de dolor y de rabia.

UNA noche muy clara de luna llena propuso a los compañeros situarse ante la ventana del amo y darle una serenata para vengarse de sus malos tratos. Ninguno de los burros quiso acompañarle; pero él fué y con sus rebuznos despertó e irritó al amo. Salió éste por el lado opuesto, lo sorprendió en lo mejor de sus rebuznos, y le dió tal cantidad de garrotazos que faltó poco para que lo matara.

Al día siguiente el amo se levantó con su plan hecho.



Dirigióse hacia Cabeza de Fierro y, con muy suaves maneras, lo condujo paso a paso hasta el pesebre, donde puso paja y grano en desusada cantidad; luego, trancó el portillo y se retiró.

Cabeza de Fierro se dedicó a comer muy a sus anchas. En pocos días olvidó la paliza y en pocos días más se puso gordo y de excelente aspecto. Parecíale que el amo, arrepentido de los garrotazos, le deparaba en compensación aquella apacible vida, sin más trabajos que comer a reventar y dormir a pata suelta.

Pero ocurrió una mañana que el amo abrió el portillo, lo tomó del cabestro y lo llevó por el camino. La hora, el fresco aire y la tranquila marcha resultaron muy del agrado del jumento, y en señal de satisfacción de cuando en cuando soplaba ruidosamente por las narices. Andando, andando, llegaron así a un lugar donde había muchos hombres y también muchos burros, pues era ni más ni menos que una feria para la venta de animales. Allí aguardó impaciente Cabeza de Fierro el regreso al bien provisto pesebre; pero ocurrió que después de largo rato otro hombre lo tomó por el cabestro y se lo llevó con él. Ello significaba que el amo lo había vendido y



que la buena vida disfrutada sólo se encaminaba a mejorar su figura para obtener el mayor precio posible.

Ya en su casa, el nuevo amo entró en el pesebre para que tras él lo hiciera el asno. Pero tuvo la sorpresa de que Cabeza de Fierro, con la cabeza baja y las orejas tiesas, clavó las cuatro patas en el suelo y aguantó sin moverse ciento y un tirones del cabestro y múltiples palabras y caricias. Verdad es que la entrada era angosta y que allí adentro había bastante oscuridad; pero, de cualquier manera, la resistencia no se justificaba.

—¿Esas tenemos? — dijo el nuevo amo. — Con razón te vendieron y con razón voy yo ahora a enseñarte a obedecer.

Y cogiendo un palo le atizó una paliza como para deshacerlo, sin que Cabeza de Fierro diera un paso.

El nuevo amo, ya emburrado, habló directamente con el burro y le dijo:

—¡Mira que a cabeza dura no vas a ganarme tú!... Si no entras, porque crees que no cabes por la puerta, la agrandaré ahora mismo.

Ató al jumento, trajo un hacha y en cuatro buenos golpes derribó casi del todo las tablas que formaban la delantera del pesebre.

Tampoco así quiso entrar. Entonces el hombre, después de decir cosas rarísimas, sobre todo por ser dirigidas a un borrico, procuró empujarlo a viva fuerza hasta el pesebre, y Cabeza de Fierro empujaba a su vez retrocediendo. A ratos podía más el burro, a ratos era el amo quien ganaba. La lucha se hizo encarnizada y recia, sin que ninguno venciera, hasta que apareció la mujer del emburrado y gritó:

—¡Deja, por Dios, deja eso, que no pareces gente!

Suspendió el hombre la brega, se secó con la manga del saco el sudor que chorreaba por su rostro, contempló con fie-





ros ojos a Cabeza de Fierro, y dijo, ya perdido el juicio:

—¡Poder tú más que yo, no te lo sueñes!... ¡Te voy a dar más palos que besos te dió tu madre!

—¡Repara, por Dios santo, en lo que dices! — suplicó la mujer. — ¡Nunca jamás se vió que una burra besase al hijo!

—Digo y diré — replicó él — lo que se me da la gana, y si no quieres escucharme, vete.

—¡Déjalo, por favor! — insistió ella. — ¡Déjalo afuera y ven a comer que es tarde! A lo mejor no es animal de pesebre y en cambio para el tiro vale mucho.

—Vale — dijo el hombre — para que lo descuartice, y te aseguro que tengo entre ceja y ceja hacerlo.

Pero tal era su fatiga que finalmente cedió y entró en la casa. Al entrar rebuznó el asno, y entonces dijo él con firme acento:



—Rebuzna, rebuzna, y di cuanto quieras, pero yo te aseguro que si tú no cedes, ¡yo no cederé!

Cuando volvió a salir, ya más tranquilo, ató el burro al carro para probarlo en el tiro. Debía ir hasta la casa de un vecino con una bolsa de trigo.

Cabeza de Fierro se negó a caminar. Empuñó el amo el látigo y lo hizo chasquear: nada, ni un paso. Empezaron los latigazos, primero en el lomo, luego por las patas, después por la cabeza. Renunció el hombre a los latigazos, se decidió por los palos y con todas sus fuerzas y muy a conciencia lo apaleó de arriba abajo y desde las orejas hasta la misma cola. Entre palo y palo le gritaba, cada vez más furioso:

—¡Ala, he dicho, y no me contestes! ¡Mira que no lo tolero! ¡Sangre te costará cada palabra!... ¡Anda para adelante,



como todos los asnos! ¡Anda como yo quiero, o te convierto en añicos!

A pesar de todo, en vez de marchar el burro hacia adelante, retrocedía, y andando así al revés, hicieron todo el viaje, y arribaron finalmente a destino.

Al verlo llegar en tan estrafalaria forma, el amigo rió a carcajadas, y dijo:

—¿Es que ha cambiado el sistema y anda usted a una nueva moda?

—Es — dijo el visitante — que compré el burro más burro que hay en el mundo. No ha querido andar de otra manera, y no hay rigores que valgan.

—Es — afirmó el vecino — que estas cosas no se arreglan a garrotazos, sino a buenas.

—Es — replicó el visitante — que no me va usted a enseñar a mí, que sé lo que hago y tengo mi experiencia.

—También yo tengo la mía — dijo el vecino.

—Pues si la tiene — dijo el visitante — y tanta es su confianza en su sistema, cómpreme el burro, y pruebe, que se lo doy en la mitad de lo que me costó.



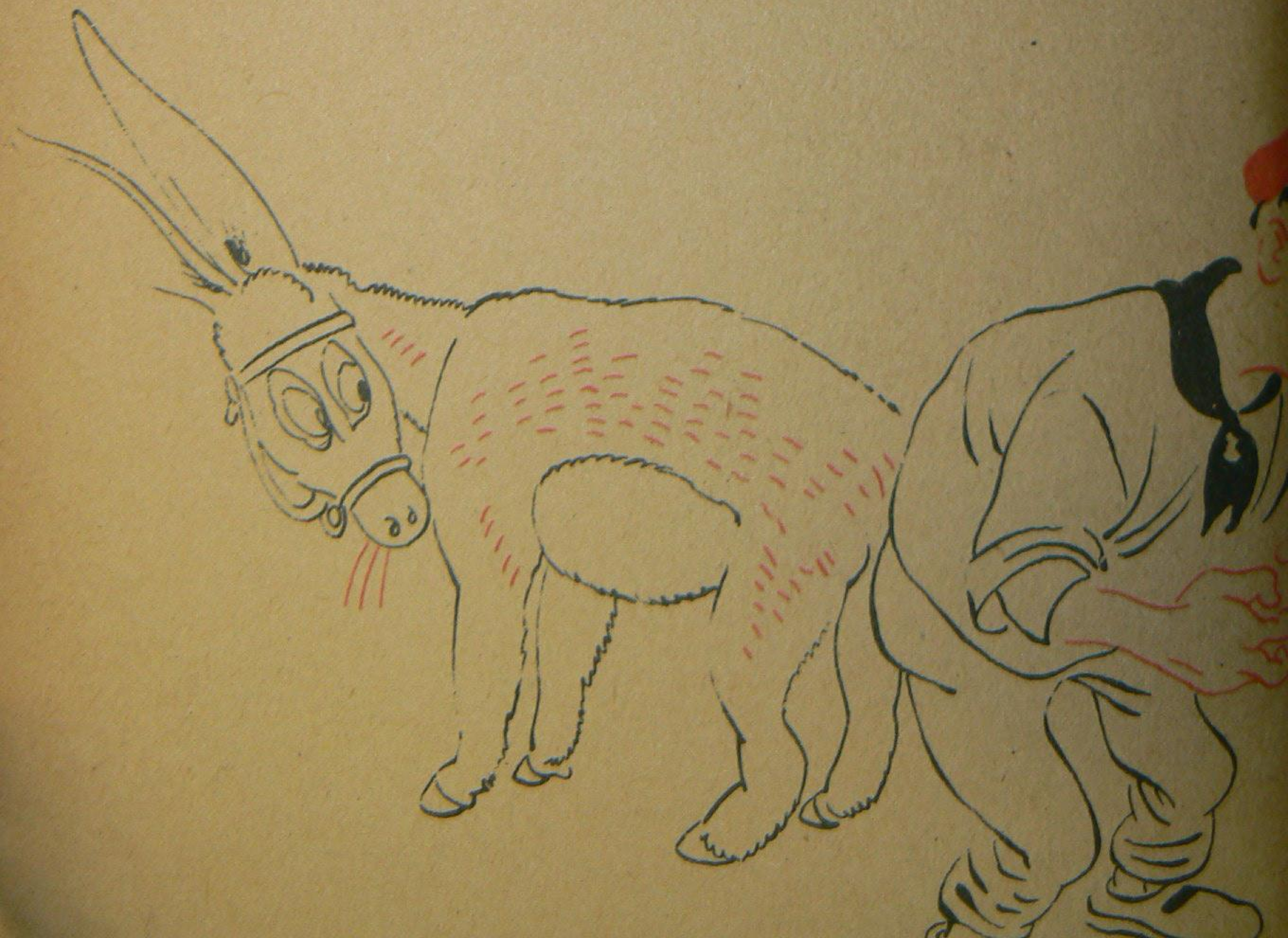
Los dos estaban en realidad emburrados y para no ceder el visitado dijo:

—No lo repita dos veces, porque se lo compraré.

—Cómprelo — dijo el visitante — y así veremos cómo arregla usted estas cosas.

El caso fué que el vecino compró el asno, y el otro regresó muy satisfecho a su casa, dejando el carro para retirarlo en mejor oportunidad.

AL primer rebuzno de Cabeza de Fierro, la familia del comprador, hasta entonces tranquila y razonable, empezó a dar claros indicios de testarudez. Grandes y chicos volviéronse discutidores. A cada momento se oían exclamaciones como éstas:



—¡Me sostengo en lo dicho!

—¡Como yo digo, así tiene que ser!

—¡A porfiado, porfiado y medio!

—¡No daré mi brazo a torcer!

—¡Antes me muero que hacerlo!

El dueño de casa porfiaba como ninguno, pero en medio de todo notó que las discusiones se embravecían con los rebuznos de Cabeza de Fierro y desconfió de su maléfica influencia.

—Desde que está ese burro aquí — le dijo a su mujer — ya no hay paz en esta casa.

—Que no hay paz — dijo ella — es la verdad; pero que el asno tenga parte en eso, no lo creo.

—Sé lo que digo, y no me lleves la contra. Al fin y al cabo lo compré por capricho, y no lo necesito, y lo venderé en seguida.





—En tu lugar, yo no lo vendería.

—He dicho que lo venderé.

—Eso no significa que hagas bien en deshacerte de un animal que puede sernos útil y que nada cuesta tenerlo aquí, donde sobra la hierba.

—Nadie te pregunta si sobra o falta hierba, y sé lo que debo hacer. Mañana mismo me lo llevo a Rialto y se acabó.

—Ya que lo venderás, llévalo a Pirlo, que es pueblito mejor y obtendrás mayor precio.

—A Rialto he dicho.

—Te convendría más Pirlo.

—A Rialto voy.

—¡Qué hombre porfiado! — dijo ella con fastidio.

—¡Qué mujer testaruda! — dijo el hombre acalorado.

Y retumbaron las paredes con el potentísimo rebuzno de Cabeza de Fierro, como si quisiera él también participar en la porfía y la festejara.

Por supuesto que la venta se hizo en Rialto, a cualquier precio, pero el hombre comprobó la realidad de sus sospechas, ya que con la desaparición de Cabeza de Fierro volvió a reinar la paz en la familia, y todos fueron de nuevo comprensivos y razonables.

EN cambio, en Rialto se hizo sentir en seguida la presencia de Cabeza de Fierro. La gente estaba emburrada. La primera víctima del singular contagio fué el propio comprador. Dolíale una muela y decidió ir a Pirlo en busca de dentista.

Un vecino le dijo:

—No vayas a Pirlo, vete más bien a la ciudad y antes que se te hinche la cara.

—Prefiero Pirlo — insistió el de la muela.

—Mejores son los dentistas de la ciudad — dijo el vecino.

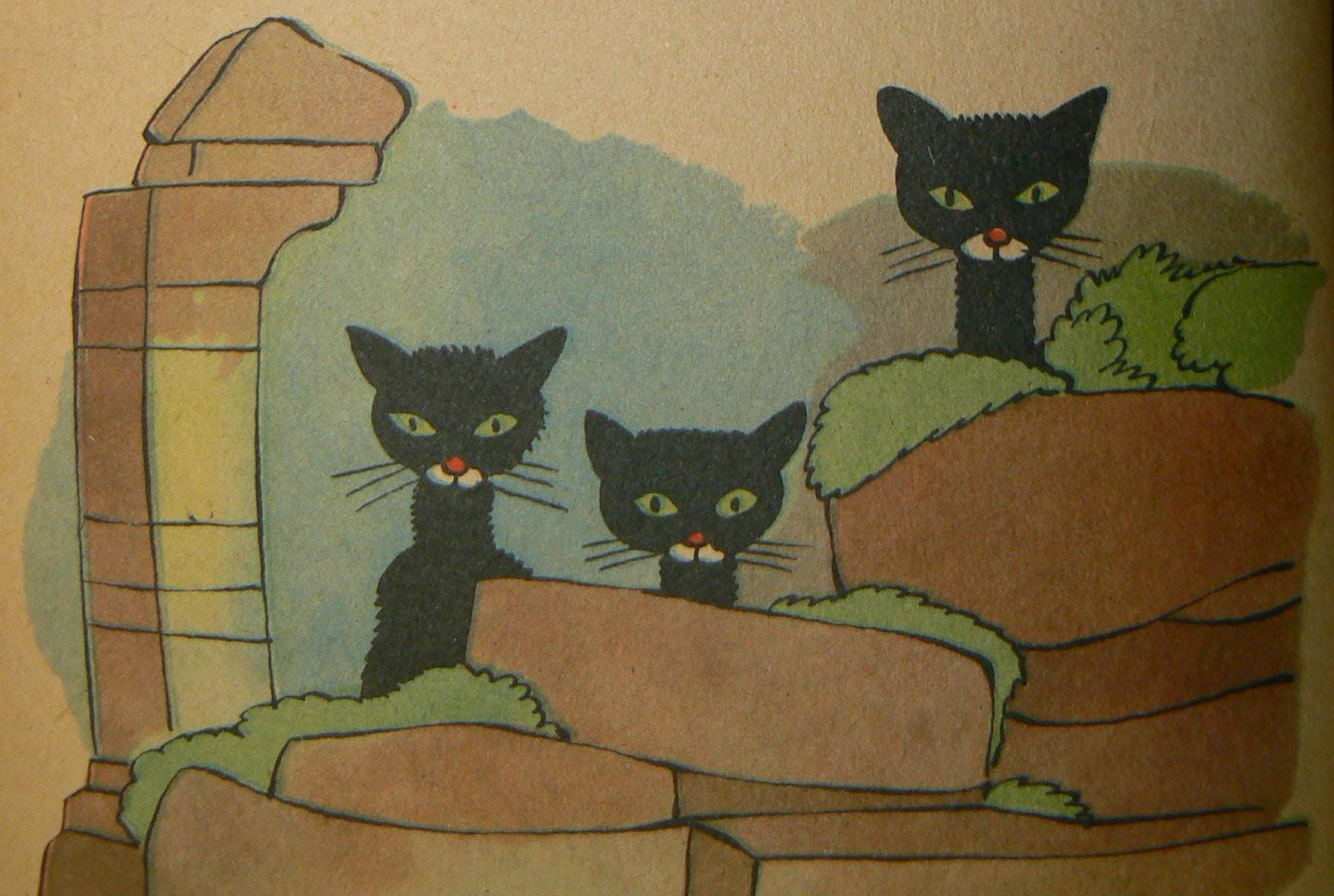
—No te he pedido consejo — dijo el otro, ya malhumorado.

—Bueno, hombre; ve adonde te plazca, pero apúrate, porque pasarás muy malos ratos si se te hincha la cara — le aconsejó el vecino.

—¡Oye! — exclamó el de la muela. — Ahora se me antoja no ir a ninguna parte, y me vuelvo a mi casa.

Así lo hizo, en efecto, y la hinchazón fué tal que parecía tener una pelota de tenis debajo del carrillo. Durante varios días permaneció así escondido para que el otro no le enrostrara su empecinamiento.

Mientras tanto, las orejas de Cabeza de Fierro provocaban general admiración, sus rebuznos estremecían el pueblo, la enfermedad burrera se propagaba lo mismo que una peste y se caldeaban los ánimos con las más estrafalarias y empecinadas discusiones.





Por esos días justamente se puso en obra un plan relacionado con una insoportable banda gatuna que tenía a maltraer al vecindario.

Vivía la banda en el sótano de un ruinoso caserón abandonado.

Notable era la cantidad de gatos que allí había y más singular aún la circunstancia de que todos ellos eran de un solo color, o blanco, o negro.

Entraban y salían por un pequeño agujero y nadie les conocía aquel escondite.

Pasaban el día ocultos y después de medianoche daba el jefe gatuno la orden de salir.

Grandes eran los perjuicios y los escándalos de aquella horda de bandidos nocturnos.

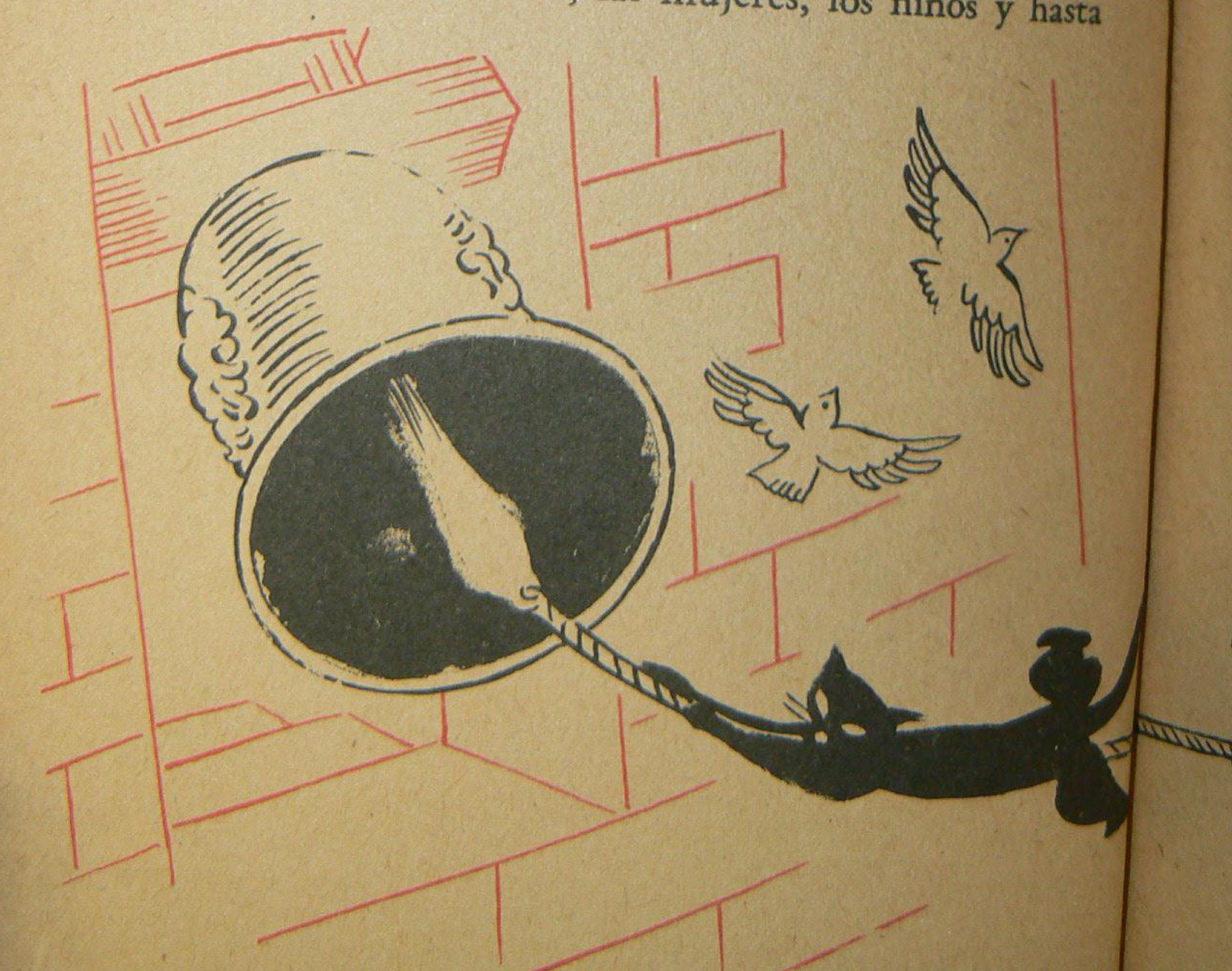
En los gallineros, en medio del ensordecedor alboroto de las gallinas, desaparecían los pollitos, los patitos y los pichones de palomas.

Entraban en las habitaciones que hallaban abiertas y se apoderaban de las provisiones, rompían vasijas y botellas y estropeaban o arañaban cuanto encontraban en su camino.

A su paso caían a la calzada las macetas de flores de los balcones.

Si en sus correrías llegaban al patio de la escuela o al campanario de la iglesia se colgaban de la cuerda de la campana y la hacían sonar en el profundo silencio de la noche, causando gran alarma.

Pero lo más infernal eran los coros de maullidos que formaban en patios y azoteas. Nunca hubo gatos que maullaran con tan interminables y lúgubres quejidos, que parecían venir del otro mundo. Para no oírlos, las mujeres, los niños y hasta



los hombres escondían la cabeza bajo la almohada, se apretaban las orejas con las manos, se introducían el meñique en los oídos. Los agudos y quejumbrosos maullidos todo lo traspasaban como agujas.

Algunos hombres se levantaban de la cama y en la oscuridad disparaban sus armas contra los escandalosos.

Un rato había silencio, pero poco después recomenzaban los maullidos, más penetrantes y fúnebres que nunca.

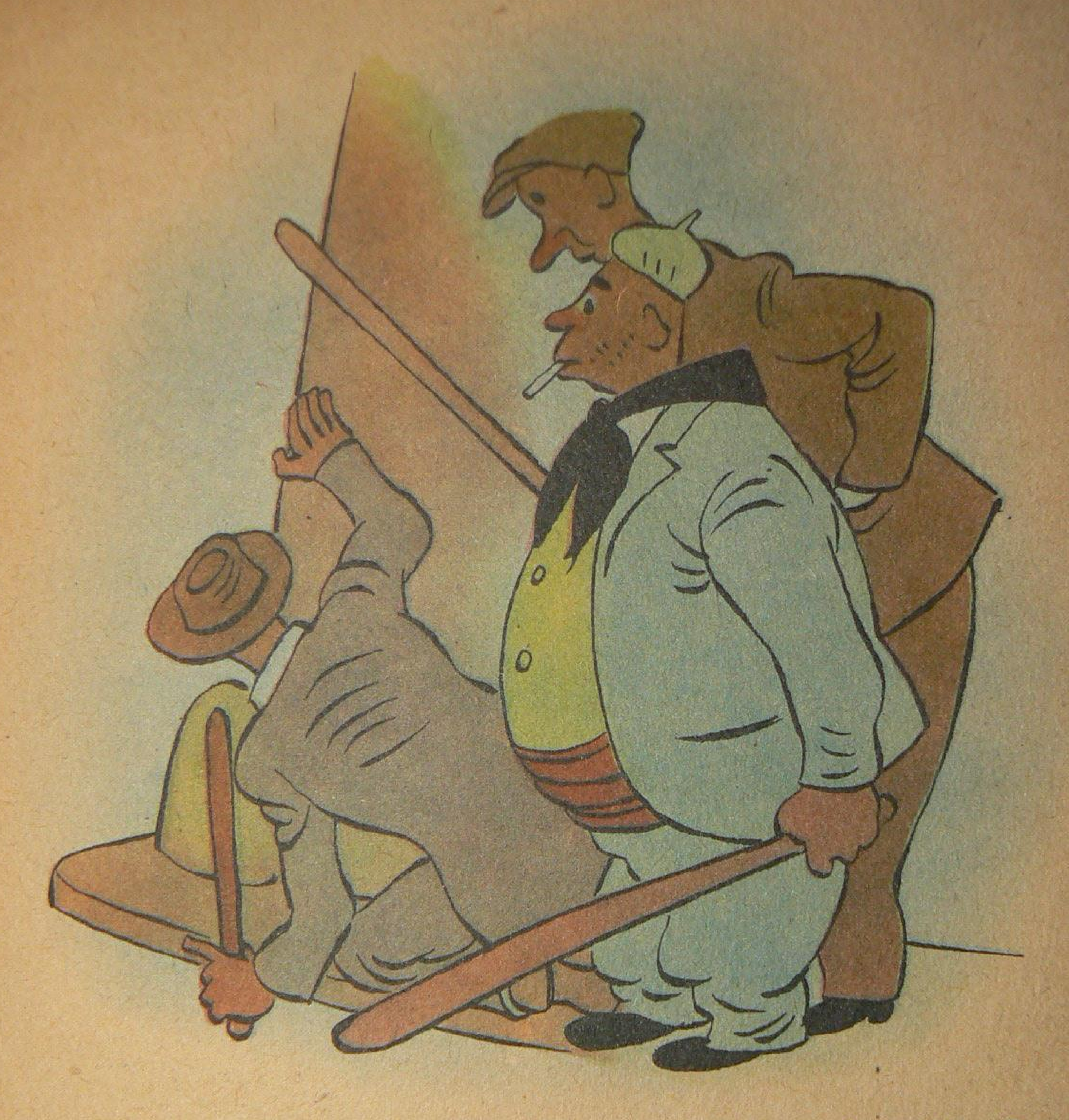
A tal extremo llegaron las tropelías y el suplicio de las terroríficas serenatas, que la inquina del vecindario fué creciendo y convirtióse en un odio feroz que reclamaba venganza, venganza rápida y tremenda.



Preferían unos agarrarlos vivos para tajarlos como a un salchichón; otros optaban por preparar un foso y sepultarlos vivos. Había quienes hablaban de rociarlos con nafta y prenderles fuego.

PREVALECIÓ, en definitiva, el plan de quedar los hombres de guardia cada noche, separados en dos grupos, todos armados de garrotes, con la consigna de acorralar a los gatos donde los encontraran y descargar sobre ellos la unánime indignación, hasta dejarlos sin un hueso sano. Como se dice que los gatos tienen siete vidas, fué propósito firme no dejarles ninguna, aunque tuvieran catorce.





Ya en la primera noche se produjo una seria discusión. Sostenían unos que los gatos eran blancos; porfiaban otros que todos eran negros. Fastidiados por el fracaso de la tentativa y por la mala noche, agriáronse los ánimos y cambiáronse frases insultantes.

Fué la segunda noche tan infructuosa como la primera; menudearon las discusiones subidas de tono y las heridas al amor propio.

—Yo los he visto con mis propios ojos — decía uno, — y aseguro que eran blancos.

—Pues usted ha visto otra cosa — le contestaban. — ¡Me juego la cabeza a que eran negros!

—Usted tendrá los ojos en la nuca.

—Usted es un insolente al decir eso.

—¡Cuidado con lo que se dice!

—¡Yo se lo digo!

—¡Ah, sí!... ¡Pues no lo dirá dos veces!

Y en medio de la tremenda gritería, se acometían con los garrotes, y se propinaban los mismos golpes preparados para los diabólicos felinos.

La principal cuestión era el color de los gatos, y olvidáronse las travesuras, los destrozos y los maullidos.

Volviéronse aquellos pacíficos vecinos quisquillosos y agresivos. En todas las frases suponían alusiones a la disputa o a los garrotazos recibidos en la oscuridad.

Aquellas sí que eran noches toledanas.

Hasta los más amigos se convertían en furiosos enemigos.

—¡Decirme a mí que son negros!

—Pues yo lo digo: ¡son negros!

—Estaría usted borracho cuando los vió — exclamaba otro.

—¿Borracho ha dicho?

Y allá iba el palo empuñado con bríos, y se trababa la contienda.

En aquellas bravas noches en que llovían garrotazos, resonaban en todo el pueblo los triunfales rebuznos de Cabeza de Fierro, para aumentar el ardor de los que se peleaban.

DESAPARECIÓ de pronto la famosa banda gatuna; mas los ánimos seguían exaltados, y las furiosas riñas continuaron como antes.

Poco después fué demolido el viejo caserón. En el sótano estaban las pieles de los gatos, que seguramente murieron envenenados.

Se comprobó, entonces, algo sorprendente; se comprobó cuán inútiles habían sido las discusiones y las riñas; cuán torpes son la vanidad y el amor propio.



Tenían razón quienes afirmaban que los gatos eran blancos.
Tenían razón quienes porfiaban que los gatos eran negros.
Llegaba la explicación cuando era tarde para evitar tantas estúpidas violencias.

Pasaban los traviesos gatos, al ser descubiertos, como una exhalación. Sólo se alcanzaba a distinguir a los últimos.

Y últimos iban unas veces los negros, otras veces los blancos, de acuerdo con las órdenes del jefe.

Tal era la explicación de la porfía del emburrado vecindario.

Los estragos causados por Cabeza de Fierro también se hicieron sentir en la escuela.

Cuando el maestro explicaba la lección, los alumnos



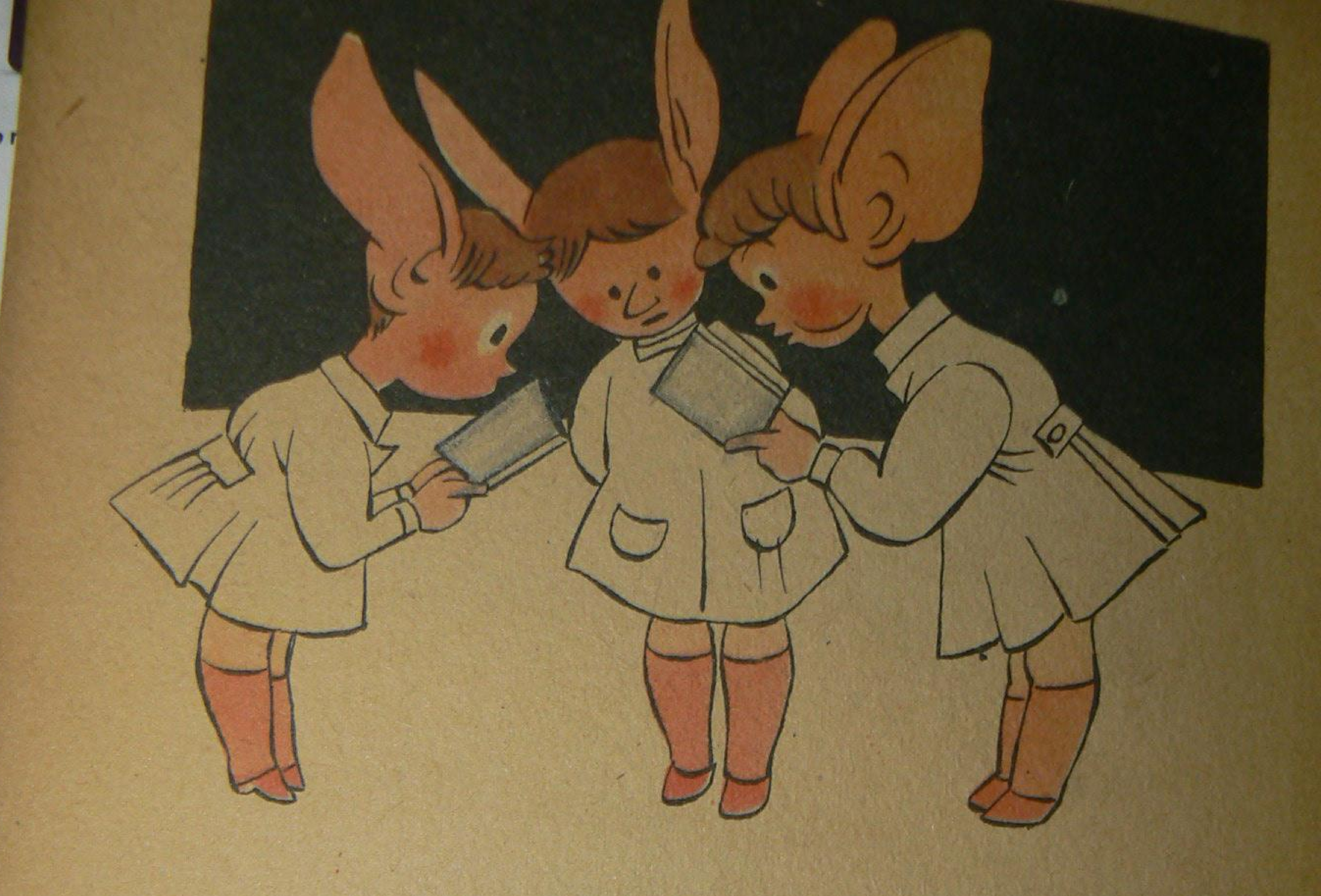


hablaban entre sí y no mostraban el menor deseo de aprender, prueba evidente de que también sufrían el contagio de Cabeza de Fierro.

El maestro preguntaba cuál era la capital de un país y contestaban que todas las palabras esdrújulas se acentúan; preguntaba quién era Cristóbal Colón y respondían que una porción de tierra rodeada de agua; mandaba sentarse a un alumno, y éste permanecía de pie; le decía a otro que suspendiese la lectura y el alumno continuaba leyendo hasta que el maestro le quitaba el libro.

En el recreo, estudiaban; las horas de clase las convertían en horas de recreo.

Más que niños parecían burritos verdaderos, que por equi-



vocación se metían en la escuela y no sabían para qué estaban allí.

Todos mostraban la misma terquedad del maldecido asno.

EL hortelano que había comprado a Cabeza de Fierro decidió sembrar azafrán en su huerto.

Como el clima no era adecuado para tal cultivo, los vecinos se lo advirtieron.

—¿Eso dicen ustedes? — preguntó el dueño del burro.

—Lo decimos — le respondieron — porque es más que sabido que el azafrán aquí no florece y perderás los bulbos y el tiempo.

—¡Pues para que lo sepan! — exclamó. — Voy a sembrar azafrán, pero no en un retazo, como pensaba, sino en el huerto entero.

Así lo hizo, en efecto, y no nacieron las plantas, y el hortelano pasó el año en la miseria.

En cuanto a Cabeza de Fierro no hacía cosa de provecho y estaba cada vez más rebuznador y más terco.

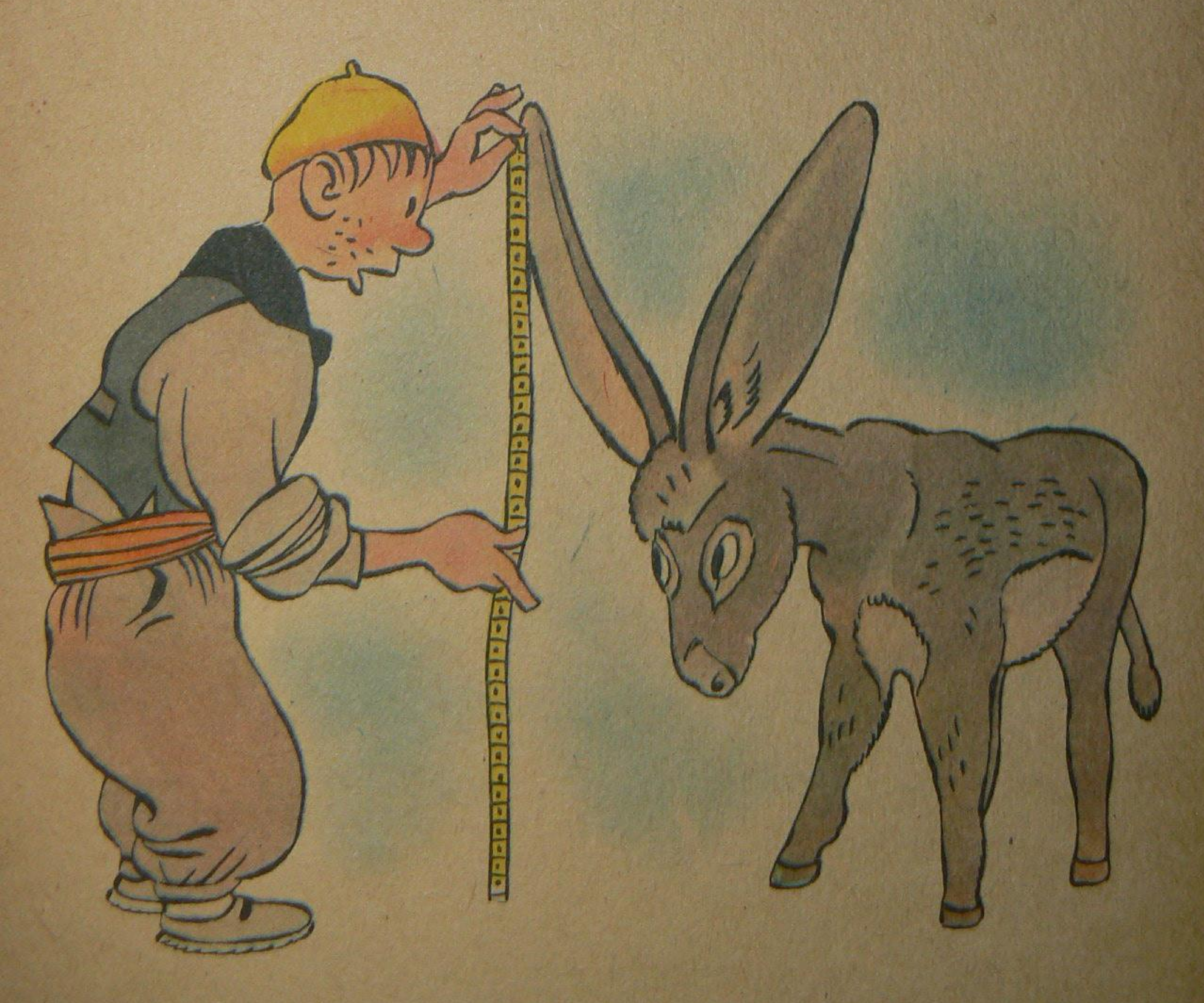
Entre amo y burro trabábanse a cada rato en empecinada contienda.

—Come — decía el amo. Y adrede Cabeza de Fierro no comía.

—Bebe — decía el amo. Y Cabeza de Fierro ni miraba el agua, prefiriendo la sed a obedecerle.

Si se empeñaba en que tirara, debía él mismo empujar a carro y burro, y tanto sudaba en el trajín que no recorrieron nunca más que unos pocos metros.

Medíale las orejas y comprobaba que le seguían creciendo y esto aumentaba la inquina que le tenía.



Después de incontables rompederos de cabeza, se decidió a venderlo. Mas ya la fama del asno había cundido y en cuanto le veían las orejas lo reconocían y renunciaban al negocio. Nadie lo aceptaba, ni de regalo.

Entonces concibió el asnal propósito de hacerlo morir de hambre.

Para tal fin, salió con él hacia el cercano bosque.

Mientras iban andando le decía:

—Al cabo he comprendido tu deseo y me dispongo a complacerte. Tú no naciste ni para el pesebre ni para el trabajo. ¡A ti te gusta la naturaleza!



Fué aquella la única vez que Cabeza de Fierro se sometió a la voluntad del amo, pues lo seguía dócilmente.

Cuando llegaron a lo más oculto de la espesura, lo ató a un árbol corpulento y a modo de despedida díjole:

—Ahora me tocó a mí hacerme el gusto, ¡y mi gusto es que mueras aquí de hambre por terco!

Y se alejó riendo a carcajadas.

Cabeza de Fierro levantó las orejas y miró alejarse al amo. Luego comprobó que allí la soledad era completa y el bozal y la cuerda tan resistentes que jamás los rompería.





Pero el amo se había olvidado de sus rebuznos. Ellos le servirían para escapar de la espantosa muerte a que había sido condenado.

AL día siguiente, unos muchachos que se aventuraron a penetrar en el bosque oyeron los rebuznos, lo hallaron y lo soltaron.

—¡Pobre asno! — dijeron. — ¡Cuántas ganas tendrás de caminar y de comer!

Pero el asno siguió tan quieto como cuando estaba atado. Por más que se empeñaron, no consiguieron que cambiara de sitio. Y esto hizo Cabeza de Fierro con el propósito de llevarles la contra a sus salvadores.

Sólo cuando los muchachos se alejaron se puso en movimiento y comió de la apetitosa hierba que fuera del arbolado crecía en gran abundancia.

Y andando, andando, se juntó con otros borricos que por entonces tenía sueltos el dueño de aquel campo.

LOS nuevos compañeros advirtieron de inmediato que las orejas de Cabeza de Fierro salían de lo común, pero disimularon la sorpresa, por pura cortesía.

Rebuznó y sus rebuznos siguieron hasta que hizo callar a los otros burros.

En la primera excursión llegaron a un arroyuelo. Al otro lado se veía un espléndido retazo de gramilla.

—¡Buenas pasturas aquellas! — exclamó Cabeza de Fierro.

—En efecto, lo son — dijo uno de los jumentos. — Pero sucede que el agua nos impide aprovecharlas.

—Este gran tronco de árbol — observó Cabeza de Fierro — caído sobre el agua es como un puente. Caminando por encima de él se pasa fácilmente al otro lado.

—O no se pasa — replicó una burra. — El tronco es resbaladizo y traicionero y uno que intentó la prueba casi se ahoga.

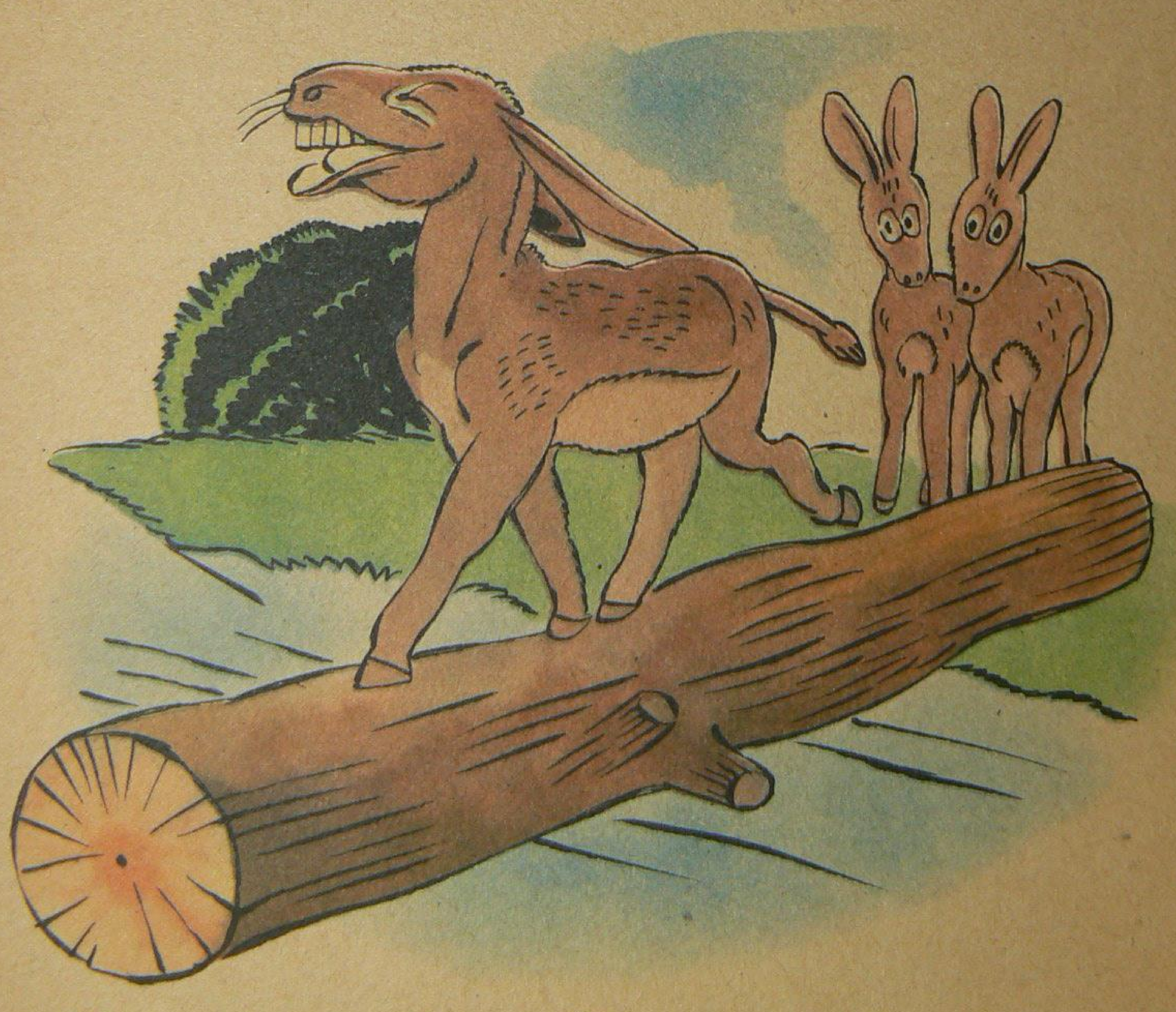
—Caminando por ese tronco — insistió Cabeza de Fierro, como si nada hubiese oído — se pasa al otro lado.

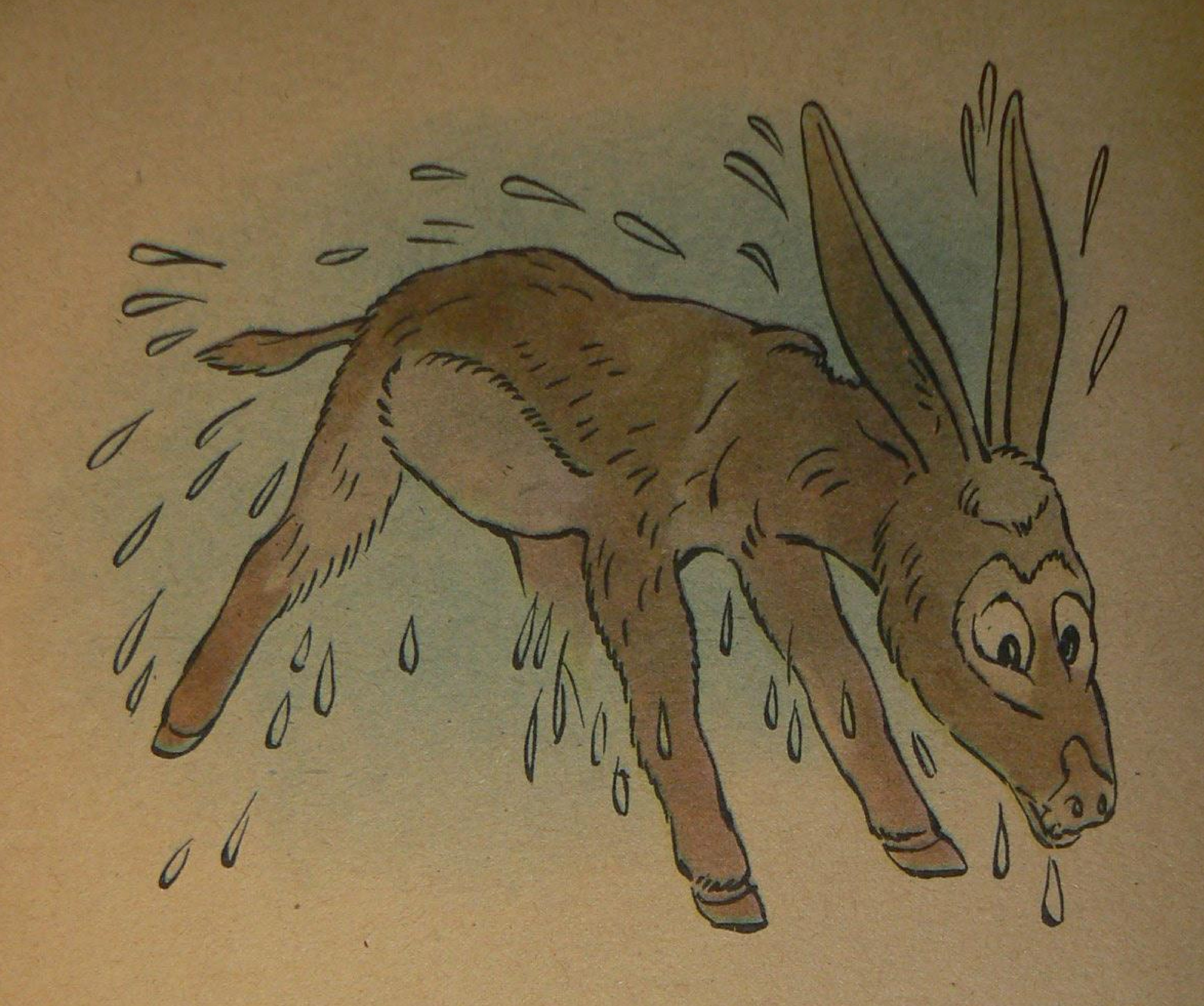
—Pasa tú, si te animas — dijo un burro. — Nosotros no lo haremos.

—¿Que si paso? ¿Que si me animo? — preguntó él.

Y sin esperar más se aventuró en aquella prueba. No había dado cinco pasos cuando resbaló y dió con la cabeza contra el tronco, y cayó a todo lo largo. Por suerte, no había llegado a lo más hondo, que si avanza un poco más, con lo atontado que estaba, es seguro que se ahoga.

Se levantó dificultosamente y cuando volvió chorreando agua a tierra firme tuvieron buen cuidado los compañeros en





no decirle una palabra, porque si algo le decían era seguro que volvía a intentar la prueba y era capaz de matarse.

EXISTÍA en aquel campo una cuesta pedregosa y empinada. Con frecuencia andaban cerca los jumentos, pero ninguno se atrevía a subir por ella.

Cabeza de Fierro dijo mirándola un día:

—Si se me antoja, por allí yo subo y por allí yo bajo a la carrera.

—No lo harás — le replicó un compañero.

Y el más viejo le dijo:

—Subir, puede que subas, aunque los cascos se te harán pedazos en las piedras; pero no bajes por ella, si te hallas en tu juicio.

—En mi juicio estoy — respondió él. — Y lo haré ahora mismo tal como lo digo.

Viéndolo en trance de acometer tan descabellada empresa, se le acercó compadecido otro burro y le dijo, en el mejor tono que pudo:

—No intentes eso, que no vale la pena. Si quieres vamos a jugar una carrera a ver quién corre más.

—Dije — respondió el tozudo — que subiría y bajaría la cuesta, y a mí nadie me saca de mis ideas, y cuando lo digo lo hago, y cuando lo hago no me ataja nadie.

Varios burritos lo contemplaban azorados y uno de ellos, viéndolo ya en pedazos, dijo:

—¡Si sube, las orejas para mí!

—¿Oyes? — le advirtió una burra. — Hasta los pequeños saben que es temerario lo que te propones.



—¡Lo dicho, dicho! — exclamó con arrogancia Cabeza de Fierro, y a la carrera se dirigió a la cuesta.

Resoplando y sacando chispas de las piedras consiguió subir, y cuando estuvo arriba rebuznó diciendo:

—¡Dije que subiría y aquí estoy!

Luego dió otro rebuzno, para decir:

—Dije que bajaría, ¡y bajaré ahora mismo!

Así lo hizo, mas no como imaginaba. Apenas dió unos pocos pasos inseguros rodó como una pelota sobre los guijarros y las puntiagudas piedras y cayó a plomo en lo llano.

En seguida todos lo rodearon, y olieron la sangre que le brotaba en varias partes de la piel. Ya lo daban por muerto cuando empezó a soplar y a quejarse débilmente.

Horas estuvo tendido, a ratos sobre el costado izquierdo, a ratos sobre el derecho, a veces boca abajo, a veces boca arriba.



Cuando por fin se levantó, se tambaleaba como si fuera a desplomarse, y menos mal que los compañeros, para no amargarlo más aún, fingían estar distraídos, y sólo lo miraban de reojo.

En el pantano que formaban las aguas en la parte más baja de aquel campo jamás entraban los burros ni los burritos, pues ellos saben perfectamente donde pisan.

Crecían allí algunas grandes hierbas de lindísimo aspecto y Cabeza de Fierro preguntó a los compañeros por qué no las comían.

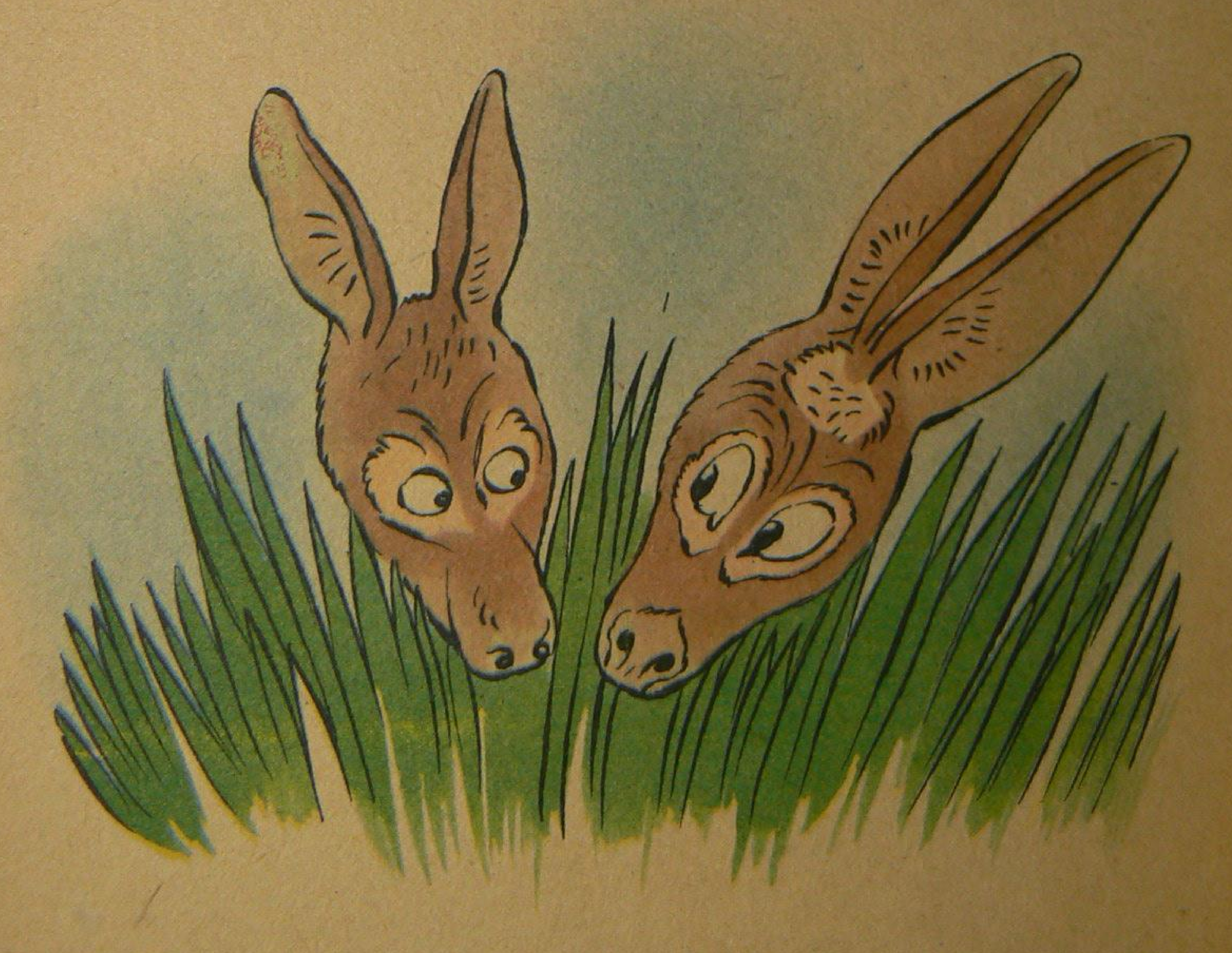
—Porque no se puede — le respondieron.

—¿Y por qué no se puede? — dijo.

—Porque no se debe entrar — le respondieron de nuevo.

—¿Y por qué no se debe entrar? — volvió a preguntar él.

Convencidos los burros que era peor darle razones, prefirie-





ron callarse y lo invitaron a ir hacia otra parte.

Pero Cabeza de Fierro golpeó el suelo con la pata derecha e insistió en su pregunta:

—¿Por qué no se debe entrar?

El asno más viejo, que era el que en estos casos realizaba el último esfuerzo para disuadirlo de sus soberbias y obstinadas actitudes, le explicó:

—No se debe entrar porque es un pantano hondo, mitad lodo, mitad agua, que no permite caminar ni nadar, y quien en él se metiese se sumiría hasta las orejas.

—¿Lo dices por reírte de mis orejas? — preguntó él.

—Lo digo — respondió el burro viejo — para salvarte del peor peligro que hayas corrido en tu vida.

Cabeza de Fierro miró despreciativamente al del consejo, y dijo:

—¿Cuántos de ustedes han entrado en el pantano?

—¡Ninguno! — le contestaron.

—Pues si ninguno entró, ninguno sabe nada. Lo que hay

aquí es mucho miedo, y así se pierden ustedes los más ricos bocados, que son aquellas hierbas.

Y sin pensarlo más atropelló y se metió en el pantano.

En el primer momento creyeron que nunca más lo verían, pues desapareció totalmente en el lodo; pero luego salieron las puntas de las orejas, y después sacó el hocico, estirando mucho el pescuezo, lo que significaba que a fuerza de tanteos había hallado algún apoyo en lo profundo.

Asombrada la banda contemplaba aquel espectáculo jamás visto, y en voz baja opinaban sobre lo que ocurriría. Veíanlo tragar barro, con las narices negras y los ojos casi salidos de las órbitas, sin dejar de moverse en busca de alguna parte más alta o más consistente para poder afirmarse. Así llegó la noche, así pasó el otro día y de nuevo volvió la oscuridad.

Al tercer día amaneció Cabeza de Fierro en tierra firme, echado, sin alientos y tan cubierto de barro que costaba reconocer su escuálida figura.

Mucha lástima experimentaron todos al verlo, y todos se alejaron, para ahorrarle la vergüenza de su fracaso.

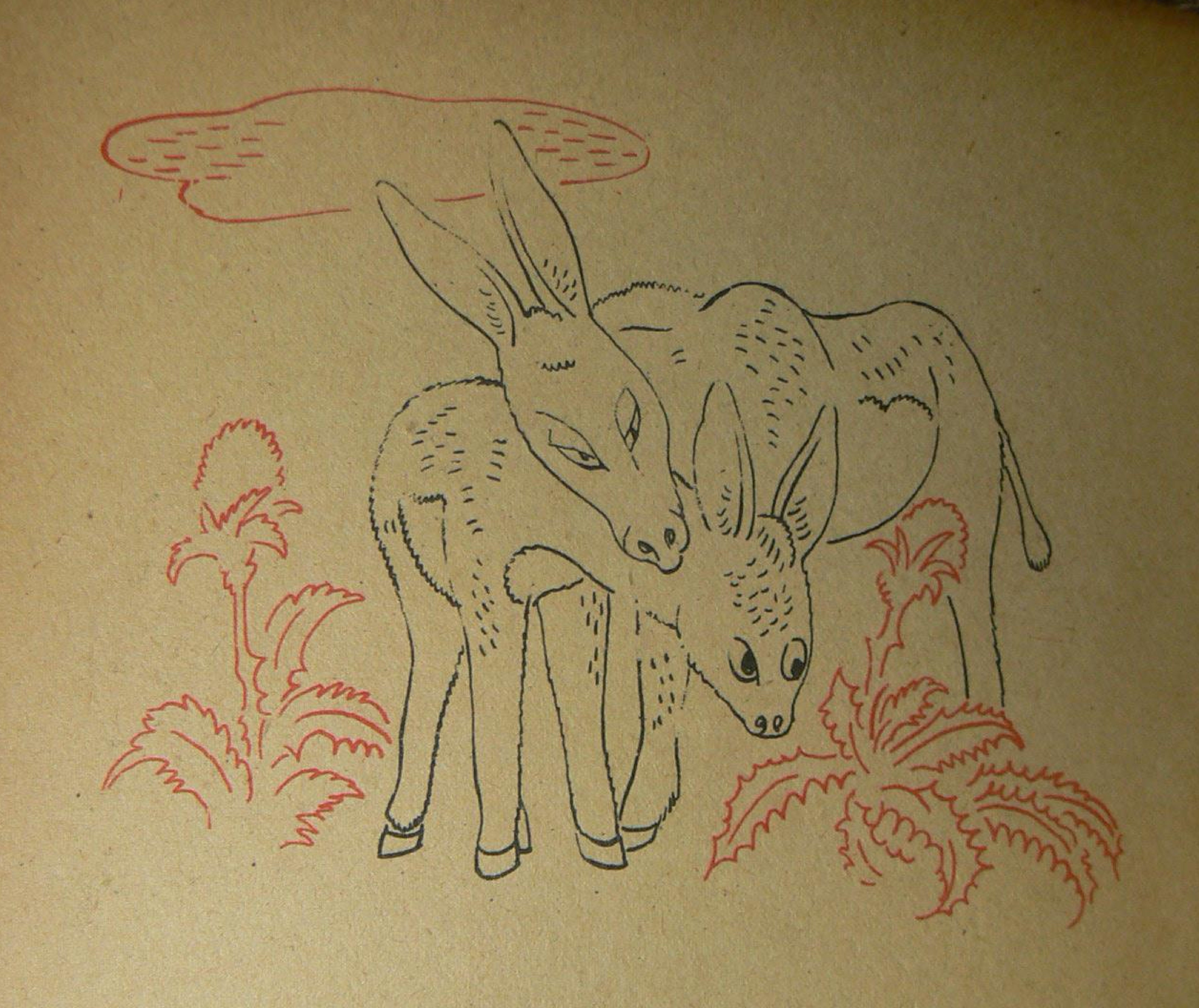
Nuevamente, creyéronlo curado de su testarudez; pero se equivocaban.

A los pocos días descubrieron un grupo de cardos. Las hojas de esta planta parecen ser sabrosas y nutritivas, pero cubren sus bordes agudas espinas. La sabiduría burrera ha resuelto el serio problema de comerlos sin sufrir daño. En vez de tomar las hojas por el extremo, las cogen por la base. Como las espinas están dirigidas hacia arriba, no se les hincan en la boca y las mastican y tragan sin dificultad.

Oyó Cabeza de Fierro que una burra enseñaba a su hijo diciéndole:

—Esto se come de modo diferente que todas las hierbas... ¡Fíjate bien!... Tomas la hoja, así, de abajo... ¿ves?... y la separas...





¡Fíjate bien! Ahora te la comes tranquilamente, siempre con la punta para abajo.

Cabeza de Fierro nunca había visto un cardo, pero no pudo aguantar más tiempo sin entrometerse y sin llevar la contra.

—Esto, hijo mío — díjole al pequeño, — es una hoja, y se come igual que todas las hojas. Tu madre tiene una idea, y yo tengo la mía, y a mí nadie me saca de mi idea... ¡Fíjate! Tomas la hoja bien arriba, ¿ves?, y sin separarla de la planta te la comes como... hago yo... tranqui... tranquila... la... la... mente...

Y no pudo decir más.

Las espinas clavadas en la lengua y en la boca le causaban dolores insoportables.

Entonces, dióse vuelta y ante las carcajadas de grandes y de chicos echó a correr como un endemoniado.

ALGÚN tiempo después apareció en aquel campo un león, que durante el día se ocultaba en el monte.

Los burros andaban lejos, lo más lejos posible del temido carnicero, sin dejarse tentar por ninguna pastura ni por la agradable sombra de los árboles.

Pero Cabeza de Fierro, siempre el mismo, exclamó:

—Si a mí se me antoja ir al monte, con seguridad que iré.

—Tú no irás — le dijeron. — Sería locura.





—Lo digo yo, y basta.

—¡Basta, sí, basta de locuras! — le aconsejaron. — Repara que ésta es de las que no tienen arreglo.

—Cuando se me mete una cosa en la cabeza, ¡no hay quien me la saque!

Un burro le dijo:

—Esta vez te la sacarán, y con la cabeza entera. Déjalo por lo menos para mañana, y piénsalo mejor.

—No hay mejor ni peor que valgan. Cuando digo blanco, es blanco; cuando digo negro, es negro.

Y sin esperar más enderezó hacia el monte.

Los otros burros mirábanlo asombrados, con las orejas en alto, y sin dejar de rebuznarle sus consejos.

El no les contestó, y siguió adelante.

Al poco rato, yendo por un caminito entre los árboles, vió al león agazapado contra un grueso tronco y exclamó:

—¿Qué?... ¿Piensas darme miedo?... ¡A mí no me asustas tú, por mala cara que pongas!

Y siguió andando y diciendo:

—Cuando digo blanco, es blanco; cuando digo negro...

Y no pudo decir más.

Saltó el león sobre él y lo mató.

Tal fué el triste fin de Cabeza de Fierro, aquel que desde pequeño llamaba la atención por sus larguísimas orejas, que asustaban a los otros burritos; aquel que era como esas personas que van contra el sentido común y contra la razón, y por ello padecen innumerables sinsabores y grandísimos quebrantos.

En toda su existencia no hizo más que confirmar su fama

de testarudo, pues no se rindió nunca a los avisos de la experiencia ni a las atinadas reflexiones del buen consejo.

Murió como había vivido, empecinado en su propósito, y quedó en la memoria de la gente como el perfecto símbolo de la terquedad.

Durante mucho tiempo, al referirse a una persona caprichosa y testaruda, se decía: "Como Cabeza de Fierro", y quedaba explicada la condición del aludido.

Mas poco a poco se cambió la frase y se empezó a decir lo mismo que ahora se dice: "Terco como un burro".





Y esto es una injusticia.

Los burros son más inteligentes de lo que se supone; son humildes, pacientes y sobrios; han ayudado siempre al hombre en sus trabajos, y merecen la simpatía y la gratitud de la humanidad.

Constancio C. Vigil





CUENTOS DE CONSTANCIO C. VIGIL



1. Misia Pepa
2. Los Chanchín
3. El Mono Relojero
4. Muñequita
5. Los Ratones Campesinos
6. El Sombrerito
7. Tragapatos
8. Botón Tolón
9. La Hormiguita Viajera
10. El Manchado
11. La Dientuda
12. La Familia Conejola
13. La Reina de los Pájaros
14. Chicharrón
15. El Bosque Azul
16. Juan Pirincho
17. Los Enanitos Jardineros
18. Los Escarabajos y la Moneda de Oro
19. Cabeza de Fierro
20. El Imán de Teodorico
21. La Moneda Volvedora
22. El Casamiento de la Comadreja



*"*CABEZA DE FIERRO *es la mejor medicina que puede administrarse contra la enfermedad de la testarudez, tan difundida como dañina y contagiosa. Creo yo que la lectura de* CABEZA DE FIERRO *debiera ser obligatoria en las escuelas para que diese los debidos frutos. Grandes y chicos experimentan con igual intensidad los salutíferos efectos de este admirable cuento de Vigil".* — Gustavo Robles Pedraza.

LIBRO EDICION ARGENTINA